



Por su culpa

[1]

que en su opinión es casi siempre por la mía de manera que, como en esta ocasión no tenía porque suceder nada excepcional, fue exactamente lo que hizo aquella mañana que tuve que quedarme en casa porque me levanté con vértigos y, mientras movía con la cucharilla el poleo que me había preparado, volvió a la carga de que si es que yo me había creído...

- ¿Qué soy tonta, o qué?

- Ya se lo expliqué, Lola — respondí con voz mortecina y los ojos cerrados, postrado en el sillón de orejas y rígido, sin poder mover la cabeza porque me ponía a morir —; llegué tarde y cansado sin ganas más que de tomar un yogur o una fruta y meterme en la cama, y se ve que, distraído...

- No me cuente milongas. Lo hizo adrede.

- ¿Cómo iba a hacer adrede algo tan absurdo?

- ¿“Cómo”, con lo retorcido que puede ser usted cuando se pone?

Continuara